
EL MERCOSUR Y LA CULTURA (*)

Gregorio RECONDO

«Sí! El porvenir del hombre depende de la cultura!»

Juan Pablo II

«La necesidad de cultura es para nuestro siglo lo que para el siglo pasado fue la necesidad de educación, siendo preciso no sólo que el hombre tenga más sino que sea más».

Jacques Duhamel

SUMARIO: I - Hacia la integración económica; II - Una nueva filosofía de la frontera; III - Omisión de la cultura en el Mercosur; IV - El sectarismo en la historia: El economicismo; V - ¿Por qué la cultura en el Mercosur?

I - Hacia la integración económica

Soplan vientos de integración en el espacio y en el tiempo latinoamericanos. Son vientos que reconstruyen la utopía de la América de las Patrias que soñaron nuestros libertadores. Son vientos que nos acercan la ética solidaria y nos devuelven la esperanza a los pueblos de nuestro subcontinente invertebrado. Vivimos, sin lugar a dudas, una nueva cultura integradora.

El 26 de mayo de 1991 los presidentes de la Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay firmaron el tratado de Asunción que creó el Mercado Común del Sur (MERCOSUR). Este organismo regional es cabal expresión de la voluntad política de unión entre nuestros países. Tiene por objetivo sustancial la libre circulación de bienes servicios y factores productivos, a través de la eliminación de los derechos

(*) El presente trabajo corresponde al Capítulo 1 de la publicación «La integración cultural en el MERCOSUR y en Iberoamérica», del mismo autor, en preparación.

aduaneros y de las restricciones no arancelarias a la circulación de mercaderías.

MERCOSUR resulta así una respuesta válida al impostergable desafío de integración económica entre nuestros pueblos, concientes de que la mancomunidad de esfuerzos es un requisito imprescindible para concretar los ideales comunes de desarrollo integral en libertad y democracia. Como bien se expresó al ponerse en marcha la integración con Brasil -base fundamental del MERCOSUR- se trata de «crecer juntos». Esto supone, sin lugar a dudas, una verdadera revolución cultural.

II - Una nueva filosofía de la frontera

La eliminación de barreras y restricciones supone una diferente filosofía de la frontera. En la vieja concepción de la «**la frontera-muro**» se trataba de una línea divisoria, alternativamente para atacar o defender, pero siempre para separar. Era una frontera rígida, aislante y conflictiva, que miraba hacia el pasado y consideraba a los vecinos transfronterizos como grupo de referencia negativo. Era la vieja concepción romana del extranjero como «**hostes**» (extraño o enemigo). La frontera, en tal concepción, es la línea que separa lo sagrado de lo sacrílego.

La nueva concepción supone a la frontera como **puerta o puente**. Es decir: como punto de encuentro o convergencia. La frontera como expresión de diálogo y apertura que visualiza al vecino como socio, como amigo, como hermano, en la integración.

Se trata, entonces, de construir un espacio geográfico, social, político, económico y, fundamentalmente, cultural, para proyectar un futuro compartido. En dos palabras: crecer juntos. Porque el imperativo ético y político de la integración regional supone optar por la cooperación -y no por el conflicto- en nuestro espacio sudamericano.

En esta concepción, va de suyo, el prójimo-próximo de allende la frontera y las comunidades transfronterizas son visualizados como individuos y grupos de referencia positivos. Como la máxima propuesta por Miguel de Unamuno en «El sentimiento trágico de la vida», cuando de límites se trata, la fórmula será: **Soy hombre, y a ningún otro hombre estimo extraño.**

Existe un proyecto compartido y, consecuentemente, la solidaridad se expande. Se advierten redefiniciones en la identidad y una ampliación en los dominios individuales de la pertenencia y las lealtades.

MERCOSUR participa de esa idea solidaria, que ya está en marcha. Con los avatares de todo proceso integrativo entre naciones jóvenes y el arrastre consecuente de problemas y asimetrías entre sus integrantes; avanza y cobra fuerza.

Es nuestro deber apoyarlo con firmeza y sin desmayos, porque de sus aciertos y fracasos eventuales depende, indefectiblemente, nuestro destino.

III - Omisión de la cultura en MERCOSUR

Hasta aquí una parte importante de la verdad. Y aquí viene la otra, no menos válida. En este Tratado que tiende a la integración hay una falencia garrafal. No se hace en el mismo ninguna mención expresa a la cultura, argamasa fundamental para articular cualquier unión perdurable entre los pueblos.

Los precisos considerandos del Tratado de Asunción hacen referencia a la preservación del medio ambiente, al desarrollo científico y tecnológico, a la elevación de la «calidad de vida» y -va de suyo- a la economía en general. Nadie puede desconocer que todas ellas son manifestaciones de la cultura según la concepción que se ha impuesto a la luz de la Antropología Cultural y aceptada por la UNESCO. Pero en ningún momento se hace alusión en el Tratado a la cultura «no material» o «inmaterial». No existe siquiera una mención a la palabra en los discursos doctrinarios de los cuatro presidentes. Indudablemente, una alusión siguiera genérica no estaba en la mente ni en el corazón de los pragmáticos fundadores. Seguramente, ellos sabrán porqué, pero nuestros pueblos desconocen sus razones.

Continuemos el análisis. Se crearon 11 Subgrupos de Trabajo en MERCOSUR, pero ninguno recoge hasta el presente los problemas de la cultura y la educación.

Replicarán las cúpulas gubernamentales que se trata, en realidad, de un tratado multilateral de integración económica. Dirán con firmeza que este es un tiempo e crisis de estructuras y que, por

consiguiente, debe existir un orden de prioridades. Argumentarán que debe comenzarse por la integración económica, como lo hicieron «los sabios europeos» (el obligado grupo referencial de nuestra clase dirigente). Y, por supuesto, asegurarán que la cultura vendrá después.

Obvian que la cultura preexiste, coexiste y subsiste a las personas y a los subsistemas sociales. No lo dirán (pero con toda seguridad lo piensan) que los cimientos de la nueva estructura regional serán para apuntalar la economía y la política. En el patio trasero se asentarán -"ya habrá tiempo después"- la cultura y la educación.

No se puede levantar un gran edificio sin afirmarlo sobre bases sólidas. De igual manera, no es posible construir las estructuras de la integración sin recurrir a cimientos compactos que apuntalen el edificio. Sólo los cimientos o fundamentos culturales garantizan la solidez y la perdurabilidad. Sin bases culturales, el edificio terminará por caerse.

IV - El sectarismo en la historia: el economicismo.

En rigor de verdad, el Tratado de Asunción es la evidencia de una nueva versión economicista de las cúpulas dirigentes acerca del futuro de nuestra América. Los principios son derivaciones o meras aplicaciones del pensamiento de los premios Nobel James Buchanan y Gary Becker, principalmente, que plantean la hegemonía de la ciencia económica sobre las demás ciencias sociales y la propuesta de aplicación exclusiva de su metodología. Dichas teorías efectúan sus análisis a partir de una concepción del hombre como ser eminentemente racional y haciendo hincapié en el egoísmo individual. Todo se maneja a través de cálculos de interés y -esto es lo más grave- esa oleada iniciada por las naciones desarrolladas salpica y compromete a todo el mundo en vías de desarrollo. Se justifica, sin vergüenza, en términos de relaciones de poder.

El economicismo latinoamericano semeja una visión tardía del determinismo económico, contrapuesta con nuestra tradición. Resulta la expresión de una «cultura sensorial» (en la terminología de Pitirim Sorokin), que ignora los ideales de las personas y los valores éticos expresados por nuestros pueblos cristianos. Una versión regional heteroimpuesta y sectorial, con pretensiones omnicomprensivas y

fundacionales.

Para esta concepción reduccionista, las estructuras productivas determinan (no solamente condicionan) los procesos políticos, económicos, sociales, culturales, etc. (¿No resulta acaso sorprendente su afinidad con postulados centrales del marxismo-leninismo?).

No todo es economía en la vida de los hombres ni las cosas resultan tan simples como para reducirse a leyes inmutables. La historia está llena de ejemplos que refutan al economicismo. La gozosa reconstrucción de la democracia en nuestros países -después de muchos años de regímenes totalitarios o dictatoriales- es testimonio válido de una conquista cultural, con basamentos culturales. Se ha podido decir con propiedad, entonces, que **la democracia no es posible sin una auténtica cultura de la democracia.**

De algo estamos seguros: la cultura no es una mercancía.

V - ¿Porqué la cultura en el Mercosur?

Hoy, más que nunca, es nuestro común trasfondo cultural el gran factor dinámico de la integración latinoamericana

Felipe Herrera

1) Porque lo cultural es la verdadera situación que condiciona decisivamente al ser humano.

(Estuvimos a punto de escribir «determina» en lugar de condiciona. Hubiéramos caído en el error del «culturalismo», versión también reduccionista que adolece de los mismos vicios del economicismo).

Dice con razón Arturo Uslar Pietri que cada hombre es tal «por el clima cultural en el que se forma y actúa». Es decir, toda persona es expresión de su medio y de su tiempo. No hay hombres abstractos, sino de «carne y hueso», como gustaba repetir don Miguel de Unamuno.

La integración cultural, en consecuencia, es un requisito previo a todo proceso de integración económica o política. Todo ello sin

olvidar que el hombre -al decir de Juan Pablo II- «es el hecho primordial y fundamental de la cultura». En definitiva, la cultura es «del hombre, a partir del hombre y para el hombre».

2) Porque los intereses sectoriales (comerciales, políticos, etc.) dividen ostensiblemente. Sólo la cultura une, a través de su visión globalizadora.

Vale aquí recordar una afirmación de la filosofía escolástica. «Los bienes del espíritu unen más a la gente cuanto más se reparten». Viceversa, cuanto más se concentran (y menos se distribuyen) tanto más tienden a dividir. Así ocurre con la cultura, que se hace válida como instrumento de integración.

Por ello, no deben entenderse como contradictorias con lo expresado las recientes y explosivas afirmaciones de Samuel Huntington. Según este profesor de Harvard, los conflictos no serán económicos o ideológicos en la nueva fase que ha iniciado la humanidad. Por el contrario -asegura- **los conflictos serán culturales, entre grupos de civilizaciones diferentes.**

La cultura entonces, por su fuerza aglutinadora puede terminar por separar a distintos grupos que se identifican con diferentes elementos y valores culturales. Todo ello, en la medida que la cultura es el fundamento de la identidad.

Pongamos algunos ejemplos. Los cimientos culturales comunes de lengua, religión, historia y tradiciones afines, congregan, v. gr., a los países del MERCOSUR, que comparten un mismo proceso civilizatorio. (Aquí la cultura juega su función globalizadora y cohesionante, como definidora de la identidad y de las pertenencias).

Viceversa, con la caída del muro de Berlín ha desaparecido en Europa la división ideológica, pero ha vuelto a surgir una división cultural (entre cristiandad occidental, por una parte, y cristiandad ortodoxa e islamismo por la otra). Las culturas «mágicas» -a tenor de sus manifestaciones- parecen incompatibles con las culturas «racionales». En el ejemplo señalado, la cultura señala pertenencias e identidades que los hombres confrontan con otras adscripciones a grandes bloques culturales o civilizaciones.

Para el politicólogo director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos el futuro se visualiza, pues, como un escenario de **conflictos entre civilizaciones** (bloques que condensan pautas culturales compartidas), mucho más que entre diferentes naciones.

Analicemos otra concepción. Paul Schafer sostiene, en «La edad cultural», una tesis que cuenta de un escenario futuro, donde la cultura actúa cada vez más como fuerza de cohesión. En dicho enfoque, la cultura proporciona la base emergente de un sistema de relaciones internacionales en el que el vínculo entre las naciones será un flujo multilateral entre todos los países (y no el de un flujo bilateral que suele ir de los países ricos a los pobres). En el orden de la cultura (concebida como modo de vida) todas las naciones del mundo tienen algo que ofrecer y proponer.

De esta manera, a través del sistema de intercambios culturales multilaterales, comenzaremos a «establecer relaciones que favorezcan la dignidad humana individual y colectiva del mundo»

Esa **función ecuménica y pacifista** debería resultar la gran misión de la cultura. En una palabra, lo universal («visión unitaria de lo múltiple») sólo será posible a través del diálogo, el encuentro de las culturas, que iniciaron en nuestras latitudes Cortés y Moctezuma.

3) La cultura es el marco referencial que da sentido a las otras visiones fragmentarias de la sociedad.

En efecto, sólo a través de ella se hacen vivos los ideales que dan significado al desarrollo humano y a los cambios sociales de las sociedades. Sólo ella proporciona un enfoque global y abarcativo, que permite iluminar limitados espacios sectoriales. Sólo ella crea los espacios de encuentros y diálogos interhumanos, intergrupales e intersociales sin trabas ni censuras.

Carlos Fuentes alerta contra la búsqueda de modelos de desarrollo político y económico no relacionados con nuestra realidad cultural. «La cultura debe devolvernos la visión ordenadora de las coincidencias». Esto es, la visión integral.

La cultura existe para satisfacer las necesidades de los pueblos y es el principal sistema para modelar la personalidad social de los

miembros de una sociedad. Las pautas conceptuales y de comportamiento son internalizadas por las personas a través del proceso de socialización que pone en marcha la cultura.

No hay cultura sin sociedad (su base humana) y tampoco hay sociedad sin cultura, que es el producto de la interacción de los individuos en grupos y comunidades.

Por otra parte, aunque haya quienes se resisten a aceptar la visión integradora, es necesario tomar en cuenta la especificidad de lo cultural. Es decir, aceptar su autonomía epistemológica, sin perjuicio de proclamar su condición globalizadora.

4) Porque la cultura genera condiciones de emancipación en nuestras sociedades.

Primero es el desarrollo de la conciencia de la identidad. Para cambiar estructuras arcaicas, valga el ejemplo, hay que tomar en cuenta la pertenencia a un espacio cultural común. De allí la necesidad de eliminar las rivalidades nacionales y subregionales en nuestro MERCOSUR y en nuestra Iberoamérica. Posteriormente, corresponde actuar de consuno con celeridad y energía para transformar nuestra realidad y posibilitar así la integración y el desarrollo. Por la cultura tenemos conciencia de nuestra propia identidad y por la misma cultura le damos el sentido a nuestra lucha.

El fenómeno de la «**negritud**» en Africa (bautizado así por Aimé Césaire y definido por Leopold Senghor como el conjunto de valores del mundo negro) es una demostración de la unción integradora y transformadora, al propio tiempo, de la cultura.

Afirmar la identidad cultural engendra condiciones de emancipación de igual manera que toda forma de dominación cercena o afecta dicha identidad. Vale aquí recordar que la mayoría de los artistas e intelectuales africanos creyeron que «la liberación cultural es una condición esencial para la liberación política». Los valores morales recogidos por la cultura de esos pueblos sirvieron en la etapa colonial para mantener unida a la sociedad. Luego, para concientizarla. Finalmente, para poner de pie y movilizar a los hombres que prefirieron

ron la libertad al coloniaje.

A pesar de las presiones de la sociedad de consumo puede advertirse que la cultura en estas latitudes sudamericanas no resulta un patrimonio fácilmente colonizable. De ello son prueba elocuente nuestros creadores, artistas y pensadores.

En los países del MERCOSUR existen materias primas y, fundamentalmente, recursos humanos. Son estos los que debemos poner en marcha integrando cultura, educación y tecnología. Dice **Juan Pablo II** en «Centessimus Annus» que la propiedad del conocimiento, la técnica y el saber es otra forma de propiedad (basada en la capacidad humana más que en los recursos naturales), que resulte el basamento de las naciones industrializadas.

Debemos, entonces, aprovechar esa posibilidad creadora de la propiedad del intelecto y acelerar el MERCOSUR de las ideas.

5) Porque la comunidad cultural Iberoamericana tiene una homogeneidad única.

Iberoamérica -en razón de su cultura- constituye uno de los conjuntos de naciones más homogéneos del mundo. Lo expresado no vale de igual manera para Europa, ni tampoco para Africa ni Asia, pródigas en componentes heterogéneos.

Iberoamérica resulta la encarnación de un común sistema de valores. Dice al respecto Uslar Pietri: «Es sobre esas bases excepcionales y poderosas que debe comenzar a construirse el soñado edificio de la integración».

Resulta claro que debemos comenzar por la integración cultural y educativa, ya que «pertenece a un solo y mismo reino del espíritu».

Resulta fundamental respetar ese sistema de valores y pautas culturales que definen nuestra identidad. Abiertos al mundo, sí, pero sin desvirtuar nuestras esencias por imposición de ideologías nihilistas o por exigencias de la sociedad de consumo. Ambas nos roban el alma y sofocan nuestra memoria.

Debe entenderse de alguna vez por todas que la universalidad -como quería Pedro Henríquez Ureña- no supone descastamiento.

Para Roa Bastos, «colonialismo cultural no es solo imposición, sino también fascinación». Es decir, aceptar ser (o permitirse ser) una cultura sin personalidad, derivativa o imitativa. «Ser dominados culturalmente es ser seducidos». Los hijos resultantes de relaciones ocasionales, claro está, suelen ser bastardos.

De allí la importancia de defender y desarrollar lo nuestro, tanto nacional como regional. El apuntalamiento de lo propio -sin embargo- debe acompañarse con la apertura cultural hacia «los cuatro vientos del espíritu», que en este mundo intercomunicado significa incorporar (sin resabios chauvinistas) las expresiones de la cultura universal.

Es en contacto con las tradiciones y valores de los demás como se enriquece la identidad cultural de cada pueblo, como bien quedó demostrado en la Conferencia Internacional de la UNESCO realizada en México en 1982. Porque, sin lugar a dudas, **«la cultura es diálogo y no puede vivir aislada»**.

Demás está decir que el mestizaje cultural en nuestra América expresa una contribución original al proceso creador de la historia universal.

6) Porque la cultura es la expresión y el rostro positivo de nuestros pueblos iberoamericanos.

A pesar del cholulismo dominante en las elites gobernantes de algunos países, el arte y la literatura son las únicas manifestaciones que señalan nuestra pertenencia al «primer mundo». No ocurre lo mismo con la economía ni con la política.

Los iberoamericanos somos hoy -finalmente- exportadores de formas, ideas y propuestas estéticas, según se reconoce en importantes círculos intelectuales de ese primer mundo.

Europa, por ejemplo, respeta e incorpora desde hace un tiempo a muchos de nuestros artistas y escritores. Aunque todavía muchos críticos no lo acepten, nuestro subcontinente atraviesa actualmente la etapa histórica de la maduración o expresión original.

No hablamos solamente de la cultura de élite. Hablamos también de la cultura popular, que es otro motivo de orgullo. Por ello se ha podido decir -con cierta visión apocalíptica- que la cultura

representa la única posibilidad de sobrevivencia honrosa para nuestros pueblos.

Es por ello que debemos «aprender a ser lo que somos»: desarrollar la conciencia de identidad y proyectarla hacia los cuatro rumbos cardinales. Debemos hundir nuestras raíces en tierra vernácula como un árbol nativo y crecer en consecuencia. Cuanto más hondo calen las raíces mayor será la sombra, expresión válida de nuestra universalidad.

7) Por el fracaso de las tentativas integracionistas políticas y económicas.

Citemos, entre otros, algunos antecedentes integracionistas:

a) Las **proclamas** de los mexicanos Morelos e Hidalgo como «generales de América» y de Artigas («Protector de los pueblos libres») a sus soldados americanos.

José M. Morelos establece en 1813 «que la América es libre e independiente», sin hacer distinción de naciones. Miguel Hidalgo y Costilla convoca: «Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este pueblo» (americano).

b) Las **argumentaciones teóricas** de integración política.

Como precursor corresponde citar, a finales del siglo XVIII, al venezolano Francisco de Miranda, que concibe un enorme Estado en los dominios españoles (desde el Mississippi hasta el Cabo de Hornos) que llevaría el nombre de Colombia. Ya en el siglo XIX el discurso integrador continuará en Chile con las ideas de José Martínez de Rosas y Juan Egaña, que reclaman la existencia de una sola Nación y un solo Estado para nuestros pueblos del sur americano.

En el marco del ex Virreinato del Alto Perú sobresalen las ideas del argentino Bernardo de Monteagudo sobre una confederación latinoamericana, que llegó a plasmar posteriormente un plan editado en su exilio en Quito.

Tiempo más tarde, Juan Bautista Alberdi propone «la recomposición de la América política» en su Memoria sobre la

conveniencia y objetos de un Congreso General Americano (Santiago de Chile, 1944), que señala las posibilidades de unificar monedas, pesos, medidas, así como establecer diversos tipos de acuerdos.

En Centroamérica, cabe recordar el pensamiento del hondureño José Cecilio del Valle, que publicó en 1822 un ensayo sobre una confederación continental. De igual manera, la prosa encendida del cubano José Martí hizo nacer válidas expresiones como «Nuestra América» y «Madre América». (Adónde va la América y quién la junta y guía?). Responderá: «Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola».

Finalmente, en este siglo, entre las muchas manifestaciones integracionistas queremos recordar el credo unionista del argentino Manuel Ugarte, autor de la feliz expresión «Patria Grande». Propulsó un Consejo consultivo «por encima de las nacionalidades actuales» y respetando las autonomías.

Junto con él, vale la pena recordar a sus compañeros de aventuras en el sueño de la unidad latinoamericana: Alfredo Palacios, Rufino Blanco Formbona, José Vasconcelos, José Ingenieros, entre otros.

Dicho pensamiento contó con la solidaridad militante de grandes pensadores iberoamericanos, como Eugenio M. de Hostos, Rafael Heliodoro Valle, José E. Rodó, etc.

Asimismo, es un acto de justicia recordar la prédica permanente del maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña por una magna patria, unificada por una «comunidad de culturas», con pueblos destinados a «unirse cada día más y más».

En otro orden de ideas, corresponde señalar el proyecto de integración «indioamericana» del aprismo peruano, liderado por Víctor Raúl Haya de la torre, desde un reduccionismo aborigen.

También merecen consideración las propuestas del antropólogo brasileño Gilberto Freyre acerca de una «Comunidad Hispano-Luso Tropical» y del ex canciller venezolano Escovar Salom abogando por una «Comunidad Transatlántica» de naciones.

Ninguno de esos bellos proyectos e ideales, insuflados de espíritu y pasión iberoamericanistas, llegaron a plasmarse en la práctica.

c) Las **campañas emancipadoras** de San Martín y Bolívar acompañaron las propias y comunes concepciones de los Libertadores acerca de una América confederada sobre bases igualitarias y solidarias. Pudo decir así San Martín a sus ejércitos: «Acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos». Todo un ideario.

Bolívar, a su vez, es el primer teórico de las integraciones continentales. Al propio tiempo, encabezaría levantamientos insurreccionales para hacer aquellas realidad. Responde a la Santa Alianza de las monarquías europeas con una alianza santa de nuestras repúblicas del sur americano. «Una sola debe ser la patria de los americanos», ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad», dirá. Su meta será una «nación de repúblicas». Tan simple como difícil. Todavía estamos buscando el camino.

Después de grandes triunfos políticos y militares, despojado de ambiciones personales y afectado moralmente, San Martín debió emprender el camino del exilio. Un Bolívar triunfante intentó reunir el Congreso de Panamá en 1826, con miras a unir a nuestros países en una «Patria Grande». Pero su sueño de integrar en América «la más grande nación del mundo» también se vio abortado y no pudo ser realidad.

A partir de entonces, la integración latinoamericana fue la bandera de la utopía.

d) En otro orden de cosas, los **proyectos de integración económica** elaborados por la ALALC (1960), y la ALADI (1980), al igual que los del Acuerdo de Cartagena (Pacto Andino) en 1969, tampoco avanzaron suficientemente.

¿Por qué fracasaron estos intentos de integración?

A) A nuestro juicio -y entre otras razones- porque las clases dirigentes sudamericanas no tuvieron en cuenta las identidades nacionales y las diferencias culturales existentes entre nuestros países. De esto hablaremos más adelante.

Correspondería aquí hacer un análisis sobre los actuales problemas que presenta la integración en la Comunidad Europea. Los

mismos han sido actualizados en oportunidad de las ratificaciones del Tratado de Maastricht y demuestran palmariamente que la cultura no fue tenida en cuenta cuando se encaró la idea de la unidad europea. Y resulta evidente que ese error comienza a pagarse. ¿No son acaso culturales los temas candentes de las nacionalidades y las identidades que plantean diariamente los pueblos de la Comunidad?.

Desde las cúpulas del poder se intentaron imponer a rajatabla modelos economicistas y diversos «ismos» surgidos en otras latitudes.

Anteriormente -y de igual manera- las élites modernizadoras habían intentado infructuosamente transformar nuestras realidades socioculturales, siempre ariscas al predominio de los formalismos legales de las constituciones de papel.

La dicotomía entre **normatividad y realidad** -entre la superestructura legal y las realidades populares- fue una constante en la historia de nuestros pueblos. Pero los aspectos doctrinarios y jurídicos terminaron generalmente en letra muerta o en curiosidades anecdóticas ante el vitalismo que impregnó la existencia de nuestras sociedades.

Hay que tener en cuenta que no es el Estado el que crea la cultura. Son las culturas las que configuran los Estados (como lo demuestran las civilizaciones de India, Egipto, Roma y Grecia, para citar ejemplos válidos).

Lamentablemente, nuestras actuales naciones iberoamericanas fueron creaciones del Estado, impuestas «desde arriba». Al principio, resultaron diseños del Estado indiano y, posteriormente, fueron imposiciones de los Estados nacionales surgidos como consecuencia del proceso emancipador.

Mientras tanto, la cultura permeaba las realidades de nuestros pueblos. Y los recurrentes ciclos de anarquía-dictadura fueron la expresión histórica de aquella falsa dicotomía.

B) Hay otra razón para el fracaso, y es también cultural. Se trata del nacionalismo xenófobo y fundamentalista de ciertos grupos cerrados y prejuiciosos, que ha impedido construir espacios culturales más amplios, por su oposición a la diversidad y el pluralismo.

Debe quedar en claro que la integración no reniega de la idea de nación. Por el contrario, se apoya en ella, al estimar que la misma se

fundamenta en un ethos que refleja la conciencia colectiva de un pasado y la proyección de un futuro.

MERCOSUR, significa un espacio mayor que no ignora a los Estados nacionales («único esquema de promoción y defensa de los intereses de las sociedades en el mundo moderno»), sino que los afirma en un proyecto solidarista de mayor alcance.

8) La cultura engendra solidaridades para la integración basadas en la pertenencia común.

La cultura proporciona las principales bases de solidaridad entre las personas de una sociedad y la propia comunidad.

Es a través de la cultura que los hombres adquieren el sentido de identidad y pertenencia, así como el significado de la vida social.

La cultura proporciona, asimismo, el consenso sobre los valores comunes que caracterizan a los grupos, comunidades y sociedades globales.

La solidaridad social, necesaria para perseguir fines comunes en una sociedad, es producto de la cultura.

Sólo mediante la cultura -considerada en bloque junto a la ciencia, la educación y la comunicación social- conseguiremos:

a) la concientización de la necesidad de la integración;

b) el análisis y la evaluación de los factores favorables y de los obstáculos existentes para la integración;

c) la promoción del desarrollo integral y de la democratización cultural, afirmadas en la participación efectiva de cada persona en la creación de los bienes y los valores culturales.

9) Toda integración con basamento cultural supone una ampliación de la conciencia de pertenencia.

Eso debe quedar muy claro, mal que le pese a algunos teóricos

de la integración.

Aquí no se da una disminución de la esfera de las lealtades, como se ha detectado en Europa. Al abordar situaciones de carácter supranacional. Por el contrario, al ponerse en marcha el proceso integrador en cada uno de los países del MERCOSUR, se afianza la identidad y se ensancha la esfera de las lealtades. (Soy de mi comunidad natal, me reconozco en la identidad de mi provincia, siento entrañablemente la pertenencia a mi nación. Rotundamente sí. Pero también me siento parte constitutiva de la patria regional que quiero edificar con mis hermanos del MERCOSUR).

Cultura como modo de vida y expresión de identidad nacional.

La cultura, dijimos, no es una mercancía. Por el contrario, como afirma René Maheu, **todo crecimiento que apunta a una calidad de vida depende fundamentalmente de la cultura, entendida como modo de vida, como expresión** de la existencia de un pueblo y de las razones de vivir.

Es la cultura la que le da sentido a nuestro entorno, la que realiza la función integradora de las sociedades globales pluralistas y, según dijimos, la que nos proporciona la conciencia de nuestra identidad. Por todas esas razones afirmamos que no existirá integración perdurable en MERCOSUR y en Iberoamérica si no está afirmada sobre bases culturales.

Unidad y diversidad cultural

América Latina es, a la vez, una y plural.

La **unidad** está fundamentada en un común origen, una historia de desencuentros compartida y también por la homogeneidad de su cultura (religión, lengua, costumbres, etc).

La **diversidad** se advierte en las diferentes culturas nacionales que expresan un variado pluralismo cultural.

La integración cultural latinoamericana exige la armonización de las diferentes identidades nacionales con miras a plasmar una unidad en la Patria Grande. Una unidad nacida de «una pluralidad unificada por el respeto mutuo» o de la vocación por un futuro

compartido.

La integración, va de suyo, debe realizarse sin renunciar a las idiosincrasias, a los particularismos y a los respectivos valores nacionales.

La fórmula de nuestra integración cultural así concebida debería ser: **unidad en la diversidad**

Hacia una visión cultural

A fines de 1991 y en mayo de 1992 se advirtieron movimientos que intentaban sacudir el letargo cultural del MERCOSUR. Por Resolución del Consejo del Mercado Común se creó la Reunión de los Ministros de Educación de los cuatro países. Se convocó consecuentemente a los mismos, quienes se reunieron para tratar temas puntuales de esa área.

Las reuniones se realizaron en Montevideo (julio de 1991) y Brasilia (13-XII-1991) y trataron algunos temas interesantes. Valgan algunos ejemplos: identificación de temas culturales; programas y equivalencias de estudios; exigencia de los idiomas español y portugués; compatibilización de los sistemas educativos; formación y capacitación de recursos humanos para el desarrollo, etc. Algunos temas fueron motivo central de Protocolos especiales.

Quizás resulte interesante destacar el acta de la reunión realizada en Buenos Aires (1-06-92) que -además de aprobar un Plan Trienal para el sector educativo- consigna entre sus considerandos «que la educación debe acompañar los procesos de integración regional para afrontar como bloque geocultural los desafíos planteados por la transformación educativa, los avances científicos-tecnológicos y la consolidación de la democracia»

¿Y la cultura? En el Tratado de Asunción, así como en los proyectos del Consejo del MERCOSUR y del Grupo Mercado Común fue deliberadamente ignorada. Hasta ahora parece escondida bajo el poncho de la educación (¿Será tomada en cuenta alguna vez?).

No nos confundamos. La educación -que se nutre de la cultura- es uno de los aspectos fundamentales de la misma, amén de una materia lamentablemente postergada en el área del Cono Sur. Sin embargo, la consideración de algunos de sus contenidos no es sufi-

ciente si no se la inserta en el marco global de una política cultural.

En efecto, es la cultura la que brinda los contenidos a la educación, siendo esta un aspecto decisivo aunque instrumental de aquella, concebida como «el medio por excelencia de transmisión de la cultura».

Insistimos en que no aceptamos la excusa de que la cultura resulta pretérita (o que será considerada tiempo después) por razones de urgencia o de oportunidad. Los autores de dichas promesas padecen de miopía economicista.

Por otra parte, la propia Comunidad Europea parece recordar ahora -con los problemas candentes de las nacionalidades, los regionalismos y las identidades emergentes- que la cultura también vale una misa.

Cultura e integración

Dijimos anteriormente que la cultura debe servir de marco referencial a los diferentes subsistemas sociales.

Sin embargo, en el supuesto de no ser así considerada, nada debería impedir que algunos de sus contenidos sean analizados mientras se articulan programas de coyuntura a nivel político o económico.

Así lo entendió oportunamente la Argentina, cuando votó y lideró, entre muchos otros proyectos- la formación gradual de un mercado común de bienes y servicios culturales y educativos en la Conferencia de Presidentes del Mecanismo de Consulta y Concertación Política del Grupo de los Ocho (Punta del Este, octubre de 1988).

Como corolario de la misma, se firmó un Acuerdo de Alcance Parcial de Cooperación e Intercambio de Bienes en las Areas Cultural, Educativa y Científica (ALADI, 14-XI-1988) con la finalidad de «propender a la formación de un mercado común de bienes y servicios culturales destinados a darle un amplio marco a la cooperación educativa, cultural y científica de los países signatarios».

Esa política adoptada por el referido conjunto de naciones (hoy Grupo Río) es, a nuestro juicio, la línea a seguir en la marcha progresiva y regional hacia la integración cultural de nuestra América.

Repetimos que **no habrá integración de nuestros países sin**

la profundización de la base cultural que enlaza nuestros pueblos.

En algunos centros urbanos sudamericanos se advierte la presencia de mercados culturales. La cultura tiene mercados, sí, pero lo que no parece posible, por el momento, es que en Iberoamérica los mercados le hagan un espacio considerable a la cultura.

No nos confundamos: **la integración comienza por la cultura.**

Sin perjuicio de los repetidos llamados a la racionalidad, creemos necesario convocar al mito y poner en marcha la utopía. Serán -a no dudarlo- sus instrumentos motivadores y motorizadores.

Comencemos a trabajar en esos sueños con la convicción de que toda renovación auténtica resulta, en esencia, un renacimiento.